

Índice

Introducción. <i>Excusatio non petita</i>	13
Capítulo I. Por una cabeza	23
Capítulo II. ¡A galopar!	35
Capítulo III. El león y la gacela	47
Capítulo IV. Rapsodia húngara	65
Capítulo V. El momento de la rosa	79
Capítulo VI. Guineas con Guinness	101
Capítulo VII. Alma de Epsom	121
Capítulo VIII. Naná en las carreras	143
Capítulo IX. Los caballos de julio	167
Capítulo X. Nostalgia del tiovivo	189
Capítulo XI. El hipódromo que surge del mar	213
Capítulo XII. Placeres de balneario	223
Capítulo XIII. El Arco de Triunfo	237
Capítulo XIV. Los herederos del alegre monarca	253
Capítulo XV. <i>Il miglior fabbro</i>	271
Capítulo XVI. Crepúsculo oriental	297
Epílogo. <i>Fast and flat</i>	325
Despedida	343
Apéndice I. El Derby y las chicas	345
Apéndice II. El Derby del buen ladrón	351
Apéndice III. El Derby del rey y la reina	355
Apéndice IV. El Derby fin de siglo	359

‘Excusatio non petita’

«Ahora es menester gran corazón y hermoso canto...».

Monteverdi, *Orfeo*

«Intellectuals, like politicians, do not greatly favour animals. The former because they are above consideration for lesser creatures. The latter because animals do not vote».

Peter O’Sullivan, *Calling the Horses*

Quienes no me conozcan demasiado dirán al echar un vistazo a este libro: «Pero ¿cómo usted, habitualmente dedicado —aunque sin excesiva seriedad, la verdad sea dicha— a cosa tan respetable como la filosofía nos quiere propinar ahora centenares de páginas sobre un asunto culturalmente deleznable como las carreras de caballos? ¿No le basta haber sido frívolo *en* filosofía para dedicarse luego a serlo *contra* ella?». Los que me conocen hasta el hartazgo rezongarán: «¡Por favor, otro libro de caballitos no!». Y mi editor, que defiende legítimamente su negocio, insinúa cauteloso: «¿Estás seguro de que las carreras de caballos interesan al menos a trescientas personas, incluyéndote a ti, en este país?». Les escucho

a todos, digo que sí y que no con la cabeza, me encojo de hombros, suspiro perplejo... pero sigo escribiendo. Sin remedio, sin enmienda. A lo más que condesciendo es a ofrecer estas embrolladas explicaciones preliminares. ¿Por qué las carreras de caballos? ¿Por qué escribir sobre ellas, sin olvidar del todo la tarea filosófica? ¿A quién le puede interesar —seamos optimistas, alguien habrá— este libro? Intentaré una defensa no expresamente solicitada y que podría volverse por tanto acta de acusación contra mi empeño.

Como me ha sucedido con todas las principales aficiones de mi vida (los relatos de aventuras, los chistes verbales, la lengua francesa, Chesterton, la controversia teórica, las vistas al mar, las rotundidades de la figura femenina y la esencial prominencia de la masculina, las películas de monstruos, lo salado frente a lo dulce, la poesía rimada, la canción mexicana, leer en la cama, no hacer sacrificios), me enamoré para siempre de las carreras de caballos en una época muy temprana: creo que no le he cogido verdadero gusto a nada a partir de los quince años, exceptuando el sabor del whisky. Mi padre empezó a llevarme al hipódromo (al de Lasarte, junto a mi San Sebastián natal) cuando yo no debía de tener más de cinco años. Entonces, como es lógico, no apostaba ni conocía los pedigrís de los corceles pero chillaba como un poseso en las llegadas para animar al «nuestro» (es decir, al que mi padre jugaba y me había indicado). El olor a hierba mojada, a bosta equina, a cuero... el tamborileo afelpado por el césped de los galopes, los rumores o vociferaciones excitadas del gentío... la sólida galanura de los cuadrúpedos y el colorido de las chaquetillas de los jinetes, el revoleo combativo de las fustas en la recta final... la emoción de la incertidumbre, de que aquello está pasando *entonces*, precisamente entonces y nunca más... me embrujaron definitivamente. También la compañía exclusiva de mi padre, el que tales delicias fuesen algo que compartíamos solos él y yo, sin la presencia de mi madre, con la que compartía todo, todo lo demás. Ella buscaba y me ofrecía los libros, mi padre me llevaba al hipódromo: adoraba por igual sus regalos, pero también me gustaba que viniesen separados.

Al principio siempre veía las carreras lo más pegado a la pista que fuese posible. ¡Al diablo la perspectiva, la visión de conjunto, el seguimiento inquisitivo de todas las incidencias del recorrido, que ahora me apasionan! Metía la cabeza a través del seto, casi arrodillado sobre la pista fresca y salvaje, para emborracharme del estruendo delicioso de la cabalgada que se acercaba con un fragor de tormenta, me aturdía al pasar y se alejaba hacia la meta, mientras las patadas de los grandes cascos levantaban pellas de barro. No me enteraba de los detalles, pero comprendía todo lo esencial. ¡Ahí va el mío, ojalá tenga suerte! De esta época guardo recuerdos indelebles aunque probablemente adornados por la complicidad de la imaginación con la memoria: aquel Gran Premio de San Sebastián ganado por *Chipirón*, de la duquesa de Valencia y conducido por Álvaro Díez —que era por entonces nuestro jinete favorito— en medio de un aguacero imponente (todo el mundo había huido a buscar refugio y sólo yo, empapado, seguía junto al seto de la pista como un mártir de lo irrenunciable); la caída de *Lady Chacolí*, montada (¡y desmontada!) por aquel aún joven duque de Albuquerque que luego fue uno de mis héroes hípicos, ni más ni menos que en la valla junto a la que yo veía la carrera... anhelando sin reconocerlo un accidente precisamente como ése; y sobre todo la recta final de la primera Competición Francia-España, cuando todos esperábamos con humilde fatalismo ver destacados a los contendientes franceses y llegaron en cabeza, magnífica lucha, *Capelán* de don Ramón Beamonte y el gran *Sultán el Yago* (¡es dulce haber vivido para ver correr a un caballo de nombre tan hermoso!) de don Antonio Blasco. Todo eso sucedió en aquel viejo Lasarte de tribunas de madera, el más guapo del mundo, rodeado de suaves colinas azuladas junto al río Oria, y yo llevaba pantalón corto y mi padre compartía conmigo asombros y entusiasmos. Si la nostalgia fuese una enfermedad físicamente letal, como sin duda lo es espiritualmente, yo nunca habría llegado a cumplir cuarenta años...

Éste es el origen biográfico de mi afición turfística. No quedo en mala compañía, porque es un espectáculo deporti-

vo que ha encaprichado a muchos de mis artistas favoritos, desde Degas hasta Bing Crosby, desde Albert Finney hasta María Félix o Carlos Gardel, junto a Walter Matthau, Gregory Peck, Robert Morley... Fred Astaire se casó por última vez con una *jockey* a la que había conocido en el hipódromo. Y han sido propietarios de caballos tanto Winston Churchill como Sean Connery o Peter O'Toole. A este irlandés tuve ocasión de entrevistarle una vez en el Festival de San Sebastián y acabé preguntándole: «¿Qué hubiera preferido usted, ganar cinco *oscar*s o el Irish Derby?». Me miró como si me hubiese vuelto loco y respondió ferozmente: «The Derby, man!». En cuanto a los escritores que se han interesado por el *turf*, la nómina no puede ser más gozosa, empezando por el propio Homero en la *Iliada*, siguiendo por Tolstoi (a la pobre Anna Karenina su amante la deja ocasionalmente a causa de una yegua, pero la carrera mereció la pena) y por las espléndidas páginas sobre Longchamp de Émile Zola en *Naná*, hasta culminar en nuestro siglo con Kipling, W. B. Yeats (algunos consideran su poema *At Galway Races* lo mejor que nunca se haya escrito sobre el tema), Proust, James Joyce, Faulkner, Edgar Wallace (¡diablos, por qué no!), Paul Morand, Hemingway... incluso nuestro Javier Marías, éste quizá un poco por culpa mía (y que ha llevado su bondad hasta traducir el poema citado de Yeats, para cerrar este libro con un regalo al paciente lector). Si todos estos autores no perdieron tronío escribiendo sobre ilustres o infames galopes, ¿qué puedo perder yo... que tengo mucho menos que perder?

Se me dirá que tales creadores utilizaron las carreras y los hipódromos como asunto meramente literario para sus obras, que buscaron el color local, el ambiente, la tensión del juego hípico o su sociología pero que no hicieron de ello profesión de fe: vamos, que no escribían como puros y duros *aficionados*. No puedo encogerme de hombros ante esta objeción porque, efectivamente, yo quiero escribir este libro desde el punto de vista del verdadero aficionado y no desde ningún otro, por excelso que sea. Para nada quiero convertir el *turf* en mero pretexto, como quizá hayan hecho otros. Ni siquiera pretendo haber escrito una exaltación de las carreras

de caballos, para lo que me falta experiencia como criador o jinete, sino sólo un elogio de la *afición* a ellas. Me alivia saber que tengo insobornablemente de mi lado al bueno de Edgar Wallace, el cual dictaba cada mañana a sus cuatro secretarías cuatro capítulos de otras tantas novelas diferentes, encargándoles que los acabaran como pudieran mientras él partía raudo hacia la primera de la tarde para la que creía tener un buen soplo. Aunque me pesa en el lado adverso nada menos que el incomparable Conan Doyle, autor de un cuento hípico soberbio —*Silver Blaze*, protagonizado por Sherlock Holmes— donde demuestra tanto su maestría como narrador cuanto su rotunda ignorancia turfística. Nadie es perfecto, sir Arthur. Yo tampoco lo soy, pero no me refugiaré para mejorar mi hoja de servicios entre quienes se han acercado a los hipódromos con un guiño, usted ya me entiende, buscando temas nuevos, con curiosidad forense pero sin pasión.

Para agravar mi causa, declararse aficionado a las carreras de caballos tiene hoy un suplemento de desprestigio, añadido al tradicional prejuicio de la gente de la cultura contra los asuntos deportivos. Algunos representantes de la izquierda más respetable —Camus, Vázquez Montalbán, Eduardo Galeano...— han reconciliado a la progresía con el democrático fútbol. Como ellos, el filósofo A. J. Ayer —muchos años encarnación intelectual de la más radical *left-wing* del laborismo inglés— tampoco se perdía un partido y presumía de su amistad con el futbolista Danny Blanchflower. Por su parte un científico tan irreprochable como Stephen Jay Gould admite sin sonrojo que el mayor placer de su vida lo obtuvo cuando Don Larson firmó para los New York Yankees una actuación histórica en las series mundiales de béisbol de 1956. Hasta el brutal boxeo ha recibido su bendición ilustrada gracias al precioso libro que le dedicó Joyce Carol Oates. Pero las carreras de caballos... ¡por favor, las carreras de caballos son un espectáculo *elitista*, sólo apto para próceres con sombrero de copa, damas con pámela y la reina de Inglaterra! De nada servirá insistir en que a tan distinguidas minorías sólo se las ve pisando césped media docena de veces al año y en muy concretos hipódromos, mientras que la ma-

yoría del público hípico lo forman cotidianamente en todas partes empleadillos como usted y como yo, amas de casa a las que sus maridos aún no han logrado asquear de los excesos de velocidad, jubilados, inmigrantes, parados de mayor o menor duración a la espera de un golpe de suerte, carteristas y demás gente del mayor respeto para cualquier progresista bien nacido. Sin embargo sólo saben de sobra esto quienes frecuentan las carreras, mientras que los demás se contentan con las fotos que en el periódico muestran de tanto en cuando a las principesas de tocado extravagante y a la reina, bendita sea, Isabel II.

El único caso más desesperado que el mío propio que conozco es el de Roger Scruton, un colega filósofo inglés y nada malo por cierto. El señor Scruton, decidido conservador al que dejan tan fresco los prejuicios culturalistas de los intelectuales como las condenas virtuosas que soplan desde la izquierda, se declara nada menos ni nada más que apasionado... ¡por la caza del zorro! Y ha llevado su desfachatez hasta el punto de escribir un precioso librito apologético sobre ese pasatiempo británico, titulado *On Hunting* (Yellow Jersey Press, Londres). Si difícil resulta hacer digerible para ciertos estómagos ilustrados que un filósofo declare y razone su afición por las carreras de caballos, imagínense la provocación de que otro haga lo mismo con la caza del zorro a caballo y llevando librea roja... en nuestra era ecologista. Sin embargo Scruton consigue que su obrita autobiográfica resulte si no plenamente convincente para los más reacios al menos sugestiva (harán bien en leerla quienes dan por sentado con Tony Blair que esa forma de cacería no es más que un residuo aristocrático, antipopular, que debe ser suprimida cuanto antes sin miramientos) y en cualquier caso entretenida para cualquier lector, aunque no haya visto a jaurías y jinetes persiguiendo zorros más que en el cine. ¿Sabéis por qué ese libro resulta interesante? Porque lo escribe alguien que, además de ser inteligente (lo que nunca sobra), está genuinamente interesado en algo. El propio Scruton lo explica de modo inmejorable: «Lo mismo que no hay nada más aburrido que el aburrimiento, nada más excitante que la excita-

ción, nada más amable que el amor ni más odioso que odiar, tampoco nada despierta interés en tan gran medida como el interés. La gente interesante es la gente interesada y un entusiasmo —sea tan poco recompensado como observar pájaros o tan extravagante como la filatelia— convierte al entusiasta en fuente de enseñanzas curiosas y en una persona cuya mente resplandece». Ese resplandor es el ahínco en amar la vida, lo que fomenta cualquier afición auténtica. Desde esa convicción, considero que no es tiempo perdido escuchar o leer a quien ama la caza del zorro; ni a quien ama las carreras de caballos.

Porque a fin de cuentas cualquier actividad lúdica humana experimentada a fondo es cifra y resumen de todo nuestro destino sobre la tierra. Aquello que en principio no sirve para nada se nos parece. El adusto Hegel trazó este difícil programa: «Pensar la vida, he ahí la tarea». Para pensar la complejidad de nuestra trama existencial —aquello de lo que estamos hechos— debemos recurrir a maquetas, a modelos simbólicos a escala, a algún tipo de metáforas. Pese a las protestas que formuló Aristóteles, las metafísicas no son otra cosa que sistemas más o menos inspirados de *metáforas* vitales. ¿Por qué suponer que es más lícito obtenerlas de la guerra, de la edificación, de la procreación o de la judicatura que de los campeonatos de tenis o del Tour de Francia? Prácticamente todos los juegos o deportes están amasados con deseo de excelencia, rivalidad, compañerismo, admiración por la victoria sin excluir simpatía por el vencido que ha luchado lealmente, frustración y recompensa, memoria de gestas pasadas a menudo legendarias, rituales inocuos o crueles, intereses mezquinos, episodios humorísticos, derroche necesario de lo no estrictamente necesario, envejecimiento de los campeones y fulgor de los jóvenes, azares justicieros, injusto azar, muerte o final definitivo de partida. ¿Qué les falta entonces para metaforizar inmejorablemente esa vida que no podemos dispensarnos nunca del todo de pensar mientras la vivimos? En el caso de las carreras de caballos —lo sé, mister Scruton: también en la caza del zorro— se representa además el ancestral lazo complementario

y polémico de los humanos con los animales, el más viejo de los antagonismos y la más antigua de las alianzas. El propio caballo de carreras es en sí mismo una metáfora de la civilización pues reúne en su biología afortunada lo espontáneo y lo cultivado, la selección de la naturaleza y la elección del arte: jinete y corcel son emblema característico de nuestro empeño como especie dominante.

Basta ya de explicaciones, pues. Hablaremos de carreras de caballos, vaya que sí, y si se tercia mencionaremos también de vez en cuando todo lo demás. No debemos justificar nuestros caprichos, sino hacerlos fecundos. Este libro será algo así como el cuaderno de bitácora de un crucero mundo a través en busca de la carrera perfecta y del caballo ideal. Comienza a finales de 1999 y acabará en diciembre del año 2000, si hay suerte y salud para rematar la faena. No entremos en la ridícula disputa respecto a la *verdadera* fecha límite que separa el pasado siglo y milenio de los venideros. No sé qué resulta más pueril, si la fascinación sobrecogida por una mera convención vista como acontecimiento («¿qué nos traerá el siglo XXI?, ¿cómo será la vida el próximo milenio?») o la meticulosa pedantería de los doctos abogados del 2001, empeñados en convertir en ciencia lo que pertenece al mundo de la sugestión y al anhelo de regeneración por vía cronológica. ¡Naturalmente que ha de impresionarnos más el paso de 1999 al 2000 que el del 2000 al 2001, digan Dionisio el Exiguo y el resto de sus prolijos comentaristas lo que quieran! Porque cambian de golpe las cuatro cifras del año, lo que nunca nos había sucedido ni nos va a volver a suceder, porque se acaban los diecinueves a los que ya estábamos acostumbrados y llegan los inéditos veintes, porque en nuestra biografía es el paso del nueve al cero el que marca simbólicamente el tránsito a una nueva etapa de madurez o envejecimiento, porque ahora ya sabemos con certeza que la fecha imposible de nuestra muerte que a otros corresponderá recordar empezará con un dos y un cero.

Por lo demás, lo único que podemos conocer del tiempo es que ni empieza ni acaba, a diferencia de nosotros. Las medidas que le aplicamos no son más que los débiles inten-

tos de domesticar a ese tigre que nos desgarrar y que a la vez somos, según acuñó memorablemente Borges. Las fechas no tienen validez más que para situar a nuestra escala los sucesos que nos importan, de igual modo que la numeración de las páginas de un libro sólo sirve para recordar dónde podemos hallar el pasaje que nos interesa. Lo que cuenta es la partida de la *Hispaniola* del puerto de Bristol o el suicidio de Anna Karenina, no el número de la página en que se narran y que incluso pueden variar de acuerdo con las diversas ediciones, lo mismo que cambian también los años según apliquemos nuestro calendario, el judío o el chino. Pero como por algún periodo hay que decidirse para acotar nuestra búsqueda de la excelencia hípica, bienvenido sea el 2000 y ojalá que en él se manifiesten carreras que lo hagan digno de ser recordado por algo más que la rotundidad de su cifra. El lector debe considerar estos apuntes como una especie de diario hípico. Cada capítulo lleva al final la fecha en que fue escrito y en la revisión definitiva no he corregido —a la vista de los acontecimientos posteriores— mis previsiones fallidas ni mis esperanzas defraudadas. No me he permitido ser más sabio de lo que el tiempo me dejaba en cada momento ser.

Fruto del amor, las páginas que siguen desafían un dictamen de mi querido Stendhal, según el cual «siempre se fracasa cuando se trata de escribir sobre lo que se ama». Claro que el propio Stendhal se desmintió a sí mismo (o al menos nos enseñó que el artista puede vivir como fracaso lo que los demás consideran acierto), cuando escribió magníficamente sobre temas tan amados por él como Italia, Rossini, Napoleón... o el amor. No he de esperar tanto estado de gracia ni talento como el suyo, pero por intentarlo nada se pierde. Este libro que aquí empezamos —vosotros y yo— puede caer en manos de tres tipos de lectores: primero, aquellos a los que va directamente encaminado, los auténticos aficionados a las carreras de caballos (por decirlo provocativamente con Juan Ramón Jiménez: ¡a la minoría, siempre!); segundo, quienes simpaticen con lo que vengo exponiendo en esta introducción o conmigo mismo, a causa de algunos de mis libros anteriores, pero no hayan estado jamás en un hipódromo

y desconozcan hasta los rudimentos del *turf*: a ellos me atrevo cordialmente a sugerirles que echen una ojeada preliminar a un libro mío anterior y más informativo sobre estos mismos asuntos, *El juego de los caballos* (Siruela), o, si no, al menos que empiecen la lectura de este pasatiempo por los apéndices, que recogen las crónicas periodísticas para *El País* de los cuatro últimos Derbys corridos en Epsom antes del año 2000, las cuales pueden ambientarles antes de degustar el resto. Aunque también pueden lanzarse al primer capítulo sin más miramientos, aplicando la divisa napoleónica (¡y stendhaliana!): *On s'engage et puis on voit*.

Hay un tercer tipo de lectores potenciales: quienes no son aficionados al *turf* ni a mí y sienten el más olímpico desdén por ambos pero se dicen —mientras afilan sus zarpas— «vamos a ver si ahora nos convence». A éstos les exhorto amistosamente a que abandonen este volumen y les pido mil perdones por el dinero que puedan haber invertido en su adquisición. Este libro no es apto para antagonistas *a priori*. De hecho, creo que ninguno lo es en tales condiciones. Comparto plenamente el resumen que de su experiencia hizo Joseph Conrad en el genial apunte autobiográfico *Crónica personal*: «A medida que transcurren los años y el número de páginas escritas crece a buen ritmo, también crece en intensidad la convicción de que solamente es posible escribir para los amigos». Amén.

1 de enero del año 2000

Por una cabeza

«Si los gobiernos quieren resolver de inmediato los arduos conflictos que envenenan la existencia humana, no tienen más que multiplicar los hipódromos, difundir el amor a las luchas hípicas y abrir escuelas de buenos ventanilleros: lo demás vendrá de por sí».

Last Reason, *A rienda suelta*

«¿Es usted rico?», le preguntaron a Carlos Gardel durante su última visita a España, en tiempos de Primo de Rivera, no mucho antes del accidente aéreo que le costó la vida. Y aquel a quien llamaban —reconozcamos que con cierta cursilería— el Zorzal Criollo repuso: «Nada de eso. He ganado y gano mucho; pero todo se me va. Me gusta vivir bien. Me gusta la bohemia dorada, el ser generoso, el cabaret, las mujeres bonitas... Y las carreras de caballos. ¡Oh, las carreras de caballos son mi gran pasión! ¡El dinero que me han hecho perder! Yo tengo un caballo corredor de carreras, un gran caballo...». En ese preciso momento, cuando yo me relamía esperando saberlo todo sobre el campeón propiedad de Gardel, la transcripción actual de la entrevista que manejo pega un brusco salto y el periodista inquiera, previsible como una indigestión navideña: «¿Y las chicas de España?»; tras lo cual también el mago del tango se resigna al tópico: «Una

maravilla, mi viejo...». De la otra y más sincera maravilla, el caballo, me quedo sin saber nada.

Nada... provisionalmente, porque sigo investigando por mi cuenta. En *Yo, Gardel* (Aguilar Argentina), el libro en que Óscar del Priore compila opiniones vertidas por el cantante sobre todos los temas imaginables en numerosas entrevistas, aprendo que fue propietario de diversos caballos a lo largo de su vida y que corrieron con sus colores distintivos: chaquetilla blanca, mangas turquesas y gorra oro. El mejor de todos se llamó *Lunático* y actuó entre 1925 y 1929. Parece que ganó bastantes pruebas y Gardel se enorgullecía de que los aficionados le hubiesen rebautizado nada menos que «el caballo del pueblo». Sobre sus gastos como propietario hípico, comete esta comparanza propia de un tango y por tanto de flameante incorrección política: «Les aseguro que un caballo cuesta menos que una mujer. Así como otros mantienen a una mujer, yo atiendo los gastos de un animalito, que a lo mejor me da también una coza, pero no me pilla de sorpresa ni el pobre me ha jurado amor eterno».

De todas formas, el Zorzal aclara a uno de sus interlocutores que no busca hacer fortuna en las carreras: «Lo importante no es ganar, sino palpitar, jugar, emocionarse cuando el tuyo viene peleando la punta. El resto es pura cháchara. El que juega solamente para ganar es un comerciante, no un jugador. Claro que es mejor ganar, porque disfrutás el doble. Pero ése no es el propósito». Más adelante, parece haber renunciado ya del todo al juego aunque nunca a su pasión por los «pingos», como llaman a los jacos por los lares porteños: «¡Las carreras me gustan con locura! Sin embargo, ya apenas juego. Me gusta el hipódromo como espectador y como profesional. Me encanta tener caballos... para dar fijitas a los amigos. Pero yo, ya no juego. Me he convencido de que es una tontería y le lleva a uno a la ruina... ¡No hay quien gane en las carreras, se lo aseguro». Lector, *experto crede*.

Hay cosas de las que nunca se enorgullece uno en falso. Tomemos el caso de otro Carlos también argentino, el ya felizmente ex presidente Menem. Un entrevistador le preguntó cuál era su gran afición y repuso que leer; indagó el

periodista sus preferencias literarias y fue contestado con vaguedad apabullante: «los clásicos»; sin descorazonarse, insistió un poco más para averiguar de qué clásicos se trataba y el mandatario se declaró adicto a los clásicos griegos; el inquisidor reclamó al menos un nombre como emblema de tal devoción helénica y Menem, triunfal, profirió el más memorable de todos: Sócrates. Pues bien, me atrevo a afirmar que el hoy ex presidente no era del todo verídico en estas declaraciones y ello no sólo —ni siquiera principalmente— porque Sócrates no incurriera nunca en la debilidad de escribir nada, que sepamos. Cuando nos interrogan sobre ciertos temas elevados, todos solemos mentir para quedar bien. No decimos la verdad sino más bien —como requería el Fausto de Valéry de su secretaria, la señorita Lust— la mentira que consideramos más digna de ser verdad. Pero en cambio si alguien dice «me emborracho enseguida, soporto mal la bebida» o «pierdo enormemente apostando en las carreras de caballos», la sinceridad no suele estar lejos.

Sin duda Carlos Gardel fue un auténtico *burrero*, como dicen por su tierra, o sea un ínclito aficionado a las carreras de caballos. Y podemos estar seguros de que perdió mucho dinero en ellas, quizá incluso con ese formidable caballo suyo cuyo nombre no me fue dado conocer con total certeza, aunque seguramente se trataba de *Lunático*. Uno de los profesionales hípicos que menos debió de contribuir a sus pérdidas fue el estupendo jinete Irineo Leguisamo, un uruguayo afincado en Argentina cuya maestría dominó sin rivales durante décadas (¡montó hasta los sesenta años pasados!) en el *turf* porteño. Por algo Gardel cantó en su honor un tango, *Leguisamo solo*, que es un auténtico ditirambo y cuyo tono victorioso contrasta saludablemente con el humor habitualmente resentido y nostálgico de ese admirable género musical. «¡Leguisamo solo!» era precisamente el grito glorioso con el que el público entusiasta animaba al campeón cuando avanzaba imparable hacia uno de esos triunfos que tanto prodigó... a veces montando para su amigo Gardel. Pero no es ni mucho menos *Leguisamo solo* el único tango de asunto *burrero*: son numerosos (entre los más de treinta CD que atesoran el registro comple-

to de Carlos Gardel, uno les está dedicado íntegramente), lo que demuestra la popularidad del juego de los caballos en Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Después también han seguido siendo populares, naturalmente, aunque hoy... Pero de la decadencia del entusiasmo hípico en general tendremos ocasión de hablar más adelante.

Vuelvo a Gardel, a quien adoro aunque le llamasen algunos afectados Zorzal Criollo, en fin... Para mí, como para tantos otros, el más inolvidable de sus tangos de motivo turfístico es *Por una cabeza*. Dicha canción es un ejemplo de cómo el lenguaje y las anécdotas del *turf* nos sirven a los adictos a este noble vicio para metaforizar los demás gustos de la vida y los disgustos de la fortuna. La canción no trata de ningún célebre jinete ni de ninguna gesta hípica, sino que ofrece un paralelismo entre los fervores contrariados del hipódromo y los del amor. Es preciso recordar que «por una cabeza» significa, en nuestra jerga, la distancia casi mínima (aun se habla en ocasiones de «media cabeza», «corta cabeza» e incluso «un morro», lo que los ingleses llamarían «a whisker» y Thornton Wilder «la piel de nuestros dientes») que separa al caballo ganador del segundo clasificado en la línea de llegada. Y también desde luego un caballo que «tiene cabeza» o «mucho cabeza» resulta ser un animal tornadizo, caprichoso y poco fiable. En el tango comentado, se comienza narrando un episodio genérico que no puede resultar ajeno a ningún aficionado: un «noble potrillo» que, cuando parece vencedor, afloja justo al llegar a la meta y pierde «por una cabeza», referida a la medida de su derrota y quizá también a la causa de ella. Al volver trotando al *paddock* donde va a ser desensillado, parece recomendar al apostante que confió en él: «No olvidés, hermano, vos sabés, no hay que jugar». Del mismo modo resulta frustrado quien se encaprichó un día de una mujer burlona y coqueta que sonríe mientras jura mentirosamente su cariño. El cantor que ha sufrido ambos zarandeos se repite una y otra vez la conclusión más prudente: «Cuántos desengaños / por una cabeza / yo juré mil veces / no vuelvo a insistir». Pero pese a tan buenas intenciones, «si un mirar me hiere al pasar / sus labios de fuego / otra vez quiero besar».

Y sobre todo, admirablemente: «Basta de carreras / se acabó la timba, / un final reñido / yo no vuelvo a ver, / pero si algún pingo / llega a ser fija el domingo, / yo me juego entero, / qué le voy a hacer». ¡Bravo! Tanto en el amor como en el juego, el amante del riesgo nunca cesa del todo de procurarse emociones... ni de recibir desaires emocionantes.

La carrera más importante que se disputa en Argentina y probablemente en toda América Latina es el premio internacional Carlos Pellegrini, que tiene lugar en el hipódromo de San Isidro de la capital bonaerense durante la primera quincena de diciembre. En él compiten los mejores ejemplares argentinos y también brasileños, peruanos, chilenos... Toda una fiesta. Se corre sobre milla y media (dos mil cuatrocientos metros), la distancia canónica de las pruebas reinas de este deporte en todo el mundo: el Derby de Epsom y el de Irlanda, el King George de Ascot, el Arco de Triunfo de Longchamp, la Japan Cup de Tokio, la Copa de Oro de San Sebastián... De todas ellas procuraremos hablar en su debido momento. Me estoy refiriendo a las carreras disputadas sobre hierba, que son las únicas que responden auténticamente a la denominación misma —*turf*, «césped»— de nuestro deporte. No quiero faltarle el respeto a otras corridas sobre arena y distancias menores, como el Derby de Kentucky o la Copa del Mundo de Dubai (de las que espero también poder dar noticias aquí), pero no es lo mismo. Entre una carrera de caballos sobre hierba y otra sobre conglomerado de arena hay aún más diferencia que entre el jamón de Jabugo cortado a mano y el serrano raspado a máquina, imagínense. Aprovecho para advertirles de paso que dejaremos fuera de esta excursión hípica mundial las pruebas de obstáculos, incluido el justamente celeberrimo Gran Nacional de Aintree, en Liverpool. Se trata de uno de mis (muchos) prejuicios, pero mi padre me enseñó que las verdaderas carreras importantes son *fast and flat* («rápidas y lisas») y a ello me atengo desde entonces. Por cierto, creo que esas tres palabras agotan todo el inglés que oí pronunciar nunca a mi padre...

De modo que vamos a empezar por el Carlos Pellegrini y para ello es imprescindible el delicioso trámite de viajar a

Buenos Aires. En el avión (que en lugar de salir a la una y media de la madrugada, como estaba estipulado, despegó a las diez de la mañana del día siguiente, lo cual tratándose de Iberia es un retraso solamente moderado) tuve ocasión de volver a ver por enésima vez una de mis películas favoritas, *Raíces profundas* o *Shane*, como preferiréis. Cuenta con uno de los villanos más logrados de la historia del cine, el sádico pistolero interpretado por Jack Palance. En una entrevista el actor reveló que su impresionante llegada al trote al pueblo aterrorizado debía en realidad haber sido rodada a galope furioso pero el director no había contado con que el gran Palance... no sabía casi montar a caballo. De modo que se impuso un discreto trotecillo y todo resultó aún mejor de lo previsto. Pues bien, uno de los orgullos de mi primera adolescencia es haber visto muchas carreras de caballos sentado junto a Jack Palance y no lejos de otro «duro» de corazón de oro, Eddie Constantine (que incluso escribió después un *thriller* de ambiente turfístico titulado *El propietario*). Yo les miraba a ellos tanto como a los caballos y procuraba imitar sus gestos desenvueltos de tiernos matones hermanos de su prójimo. Fue en Madrid, donde pasaban temporadas por el rodaje de alguna película o de vacaciones, en aquel precioso hipódromo de La Zarzuela que la incuria y la especulación se encargaron luego de aniquilar quizá para siempre. Por eso en el año 2000 podremos hablar de las carreras de caballos que hay en todas partes... menos en Madrid.

Buenos Aires a comienzos de diciembre, o sea en lo mejor de la primavera, es una ciudad vibrante, rotunda y sensual. Comparto la perplejidad expresada por Muñoz Molina en *Carlota Fainberg*, esa magistral *nouvelle* de fantasmas y erotismo supranacional: ¿será posible ver en algún otro lugar del mundo tantas mujeres a la par distinguidas y sublevadamente carnales como en Buenos Aires? No sólo guapas, no meramente atractivas, sino que combinen la sofisticación de una debutante en el baile de la Ópera y la rabia feliz de «las que se quitan las medias a patadas», en estupenda expresión del poeta andaluz Fernando Villalón (algo añeja, no por pérdida de fuerza en la imagen sino porque las mujeres han

perdido las medias). En primavera, la Buenos Aires fervorosa de las anchas avenidas y los barrios sabrosos merece realmente el elogio envenenado del a veces certero y siempre pomposo André Malraux: «la capital del imperio que nunca existió...». Hay que ofrecer flores en la tumba de don Carlos Pellegrini por brindarnos cada año una coartada plausible para estar de nuevo aquí.

En esta ocasión llego a la capital porteña justo en los días de toma de posesión de Fernando de la Rúa, que sucede en la presidencia al ínclito lector de Sócrates, Carlos Menem. Las últimas jornadas del menemismo vienen marcadas por un reparto frenético de prebendas —firma de decretos que suben sueldos a los adictos o les consiguen jubilaciones privilegiadas, etcétera— para completar el ya notable expolio de años anteriores. El fenómeno de la transformación de la democracia en «cleptocracia» es casi universal y se da lo mismo aquí que en España (con socialistas y populares), en Italia y hasta en la garantizada Alemania, tanto como en Japón o en la Rusia *mafiosificada*. Yo creo que es un desafío desestabilizador del sistema político menos malo de los posibles tan peligroso como el peor de los terrorismos. Para colmo, en vísperas de la sustitución presidencial dejaron «escapar» al golpista paraguayo Lino Oviedo, que por lo visto ha regresado a su país a seguir conspirando contra los civiles en un clima más benigno para él que el que podría esperarse —¡y es un elogio!— bajo el gobierno de De la Rúa.

Claro que el nuevo presidente carga con herencias bastante indeseables, ojalá las supere y contrarreste. Por ejemplo hoy, Día Mundial de los Derechos Humanos, leo que la convención de Human Rights Watch celebrada en Washington experimenta fuertes reservas hacia declaraciones del gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, que habla de la necesidad de «matar a los asesinos», «disparar contra los delincuentes», etcétera. Sabiendo que dicho jerifalte mantiene en el puesto de ministro de Seguridad a Aldo Rico, una mala bestia golpista que no parece demasiado democráticamente pulido todavía, las aprensiones se justifican aún más. Pero Human Rights Watch no tiene que desplazarse hasta el

Cono Sur para tropezar con signos ominosos contra su benemérito propósito porque puede encontrarlos en los mismísimos Estados Unidos, desde las proclamas de «tolerancia cero» del alcalde Giuliani de Nueva York hasta la ejecución ayer mismo en Texas de un recluso que se hallaba internado en la UVI, con el beneplácito del candidato a la presidencia norteamericana George Bush Jr. ¿Cuándo se admitirá universalmente que la pena de muerte —en cualquiera de los casos y circunstancias— al identificar sin resquicios el delito que castiga y la persona delincuente, negando su condición perfectible, es *siempre* incompatible con una legalidad fundada en los derechos humanos? Cada ejecución es un atentado contra los supuestos de la libertad humana, que mantienen sin cesar abierta la posibilidad de enmienda. Pero no todo son malas noticias: también está en Buenos Aires Muhammad Yunus, de Bangladesh, llamado el «banquero de los pobres» porque combate la idea de que la pobreza es una fatalidad geográfica o étnica concediendo pequeños créditos a quienes —sobre todo mujeres— no pueden pagarlos pero se comprometen a devolver gradualmente montos ínfimos hasta poder valerse económicamente por sí mismos. Y parece que esta apuesta tan generosa como cargada de futuro ya ha tenido buenos resultados en innumerables casos. Adelante, adelante.

Este año, al premio Carlos Pellegrini se presentan candidaturas realmente notables. La primera es la de *Asidero*, un tres años que viene de ganar cómodamente sus cinco últimas carreras, entre las que cuentan las Dos Mil Guineas argentinas y la Polla de Potrillos (a oídos españoles, esto de utilizar *polla* como equivalente de «premio» se presta a chistes adolescentes: ¡cuántas veces no habremos repetido lo del imaginario titular que informaba «ayer se corrió la Polla del Presidente de la República»!). En el pedigrí de *Asidero* se acumulan los más destacados *vips* de la cría mundial: *Nureyev*, *Northern Dancer*, *Forli* —que fue un gran campeón argentino, ganador del Pellegrini—, *Mill Reef*, *Nijinsky*, *Sir Ivor*... Sí, pero... Pero *Asidero* no ha corrido nunca en la distancia del Pellegrini, pues la distancia máxima en la que figu-

ra victorioso son dos mil metros. Cuando tuvo ocasión de correr el premio Nacional, sobre dos mil quinientos metros, completando así la Triple Corona argentina, se abstuvo de participar, oficialmente para no perjudicar su preparación cara al Pellegrini. ¿Prudencia o debilidad?

Precisamente ahora su máximo rival será el ganador de esa carrera, *Litigado*, que ha demostrado no tener problemas con la distancia y que cuenta también con una familia ilustre: el omnipresente *Northern Dancer* de nuevo junto a *Forli*, pero también *Sea Bird*, *Secretariat*, etcétera. Nadie crea sin embargo que entre ellos dos se reparten todas las posibilidades de victoria. Por el lado argentino corren también *Coalsack*, ganador del Pellegrini en 1998; *Refinado Tom*, el último conquistador de la Triple Corona en 1996 y que a sus seis años regresa al Pellegrini después de una aventura poco afortunada en Estados Unidos (a diferencia de compatriotas de cría como *Bayakoa* o *Gentleman*, que obtuvieron grandes éxitos allí), o *Ixal*, vencedor en San Isidro de la Copa de Oro en la misma distancia del Pellegrini. Desde Brasil han venido tres participantes, uno de ellos *Puerto Madero*, ganador del Derby de Sao Paulo. Los brasileños no suelen desplazarse en vano hasta aquí y ya han ganado en tres ocasiones el Carlos Pellegrini. Y además hay que contar también con la única yegua entre los dieciséis contendientes, la chilena *Crystal House*, que antes de trasladarse a Estados Unidos donde probará suerte en el 2000 quiere añadir el Pellegrini a su irreprochable palmarés. Como ven, un menú largo y estrecho de la mejor cocina hípica...

¡Qué hermoso es el hipódromo de San Isidro, sobre todo una tarde de gran premio como la de hoy! Posee una magnífica pista de hierba, la única existente en Argentina, y eso le hace descollar a mi juicio incluso sobre Palermo, su viejo rival. En pleno casco urbano, el hipódromo de Palermo es el *locus* por excelencia del turfismo porteño. «¡Palermo, me tenés seco y enfermo!» protesta en otro tango un jugador con racha de mala suerte. Antes de ser reformado a fondo hace no muchos años, Palermo tenía algo de viejo palacio viscontiniano, arrebujado en su decadente nostalgia. Alguna

vez deambulé por sus entrañas y encontré grandes salas polvorientas, con cuadros borrosos y butacones de club inglés donde permanecían dormitando aficionados que parecían de la misma quinta que Leguisamo (por cierto, Leguisamo murió ochentón en Montevideo precisamente durante mi primera visita a Buenos Aires, hace ya demasiados años). Allí corrieron las leyendas del *turf* porteño, aquellos *Mingo, Naciano, Botafogo...* Borges era amigo de Diego de Alvear, propietario de *Botafogo*, pero pese a su educación inglesa nunca condescendió a interesarse ni por el caballo ni por Palermo. Quien interesaba a Borges era la hermana de Alvear, Elvira, de la que se enamoró, por la que fue rechazado y que murió muy joven: dicen que le inspiró la Beatriz Elena Viterbo de *El Aleph*. Nos quedamos pues sin saber cómo hubiera sido el cuento del *turf* que Borges podría haber escrito, porque no faltan elementos borgianos en el azar de los hipódromos... Ahora Palermo ha sido remozado, ha ganado mucho en funcionalidad y guarda aún retazos de su viejo encanto, «como el perfume que queda en un jarrón vacío», por utilizar la misma expresión que Santayana aplicó al duradero atractivo del cristianismo. Su pista de arena es envidiable, una de las mejores que conozco en su género... pero no deja de ser una pista de arena. De modo que vuelvo a San Isidro.

La carrera se presenta como una lucha de estrategias y ahí siempre cuentan ante todo los jinetes. *Asidero* va montado por Edwin Talaverano, un peruano afincado en Argentina al que vi ganar el Pellegrini hace tres años con *Fregy's* y que se ha convertido en jinete líder en su país de adopción. A *Litigado* lo llevará Pablo Falero, otro oriental como Leguisamo, que figura también entre lo mejor de lo mejor. Sobre *Refinado Tom* cabalga el veterano Jorge Valdivieso, uno de los auténticos sobresalientes que he visto montar en cualquier parte del mundo, aunque hoy muy castigado por los accidentes y ese accidente inmisericorde entre todos, el tiempo. ¡Qué buenos jinetes hay en Latinoamérica! Y muchos de ellos han practicado su arte en las exigentes pistas de Estados Unidos, como Ángel Cordero o Jorge Velázquez. Hoy mismo leo que el panameño Laffit Pincay, que aún monta a sus cincuenta y dos

años, acaba de igualar en la república imperial del norte el récord de 5.883 victorias que ostentaba Bill Shoemaker... Fue otro panameño, Braulio Baeza, quien realizando con *Roberto* una escapada imprevisible y genial provocó la única derrota en Inglaterra del mítico *Brigadier Gérard*.

El Carlos Pellegrini se ha disputado sin concesiones. Desde el comienzo, *Litigado* ha impuesto un ritmo selectivo para comprobar el aguante de *Asidero*, que le ha seguido bravamente. En la recta final Pablo Falero ha disparado a su montura con un tranco que podría considerarse casi irresistible, seguido de cerca por su principal rival. A doscientos metros de la llegada apareció como una exhalación la valiente *Crystal House*, que pareció por un momento vencedora. Pero no pudo llegar a doblegar a *Litigado*, mientras que en cambio *Asidero* con una aceleración final que ya era difícil esperar logró emparejarse con él en los últimos trancos. Cruzaron la meta los tres muy juntos, pero el ganador fue *Asidero*... por una cabeza. El resto quedó batido y bien batido atrás, liderado a un par de cuerpos por el brasileño *Puerto Madero*. Entre los espectadores congestionados los unos de entusiasmo y los otros de decepción se hallaba el entrenador norteamericano Ron McAnally, responsable del antaño famoso castrado *John Henry*, uno de los caballos más populares de todos los tiempos en su país, que a partir de ahora se encargará del destino en Estados Unidos tanto de *Crystal House* como del propio *Asidero*. Quizá a lo largo del año 2000 volvamos a saber algo más de ellos...

Hace más de una década escribí un cuento titulado *A rienda suelta* (reeditado ahora en Alfaguara infantil) donde, pese a mi recelo y ocasional antipatía por lo utópico, me permití pergeñar la única utopía a la que mi imaginación alcanza: Nubelejos del Mar, un pueblo cuya vida social y festiva gira con dedicación exclusiva en torno a las carreras de caballos (me temo que sería para los demás tan aburrido e irrespirable como cualquier otro lugar utópico: las utopías sólo son soportables para quien las inventa). Pues bien, un amigo argentino que conoce y comparte mi afición me regaló no hace mucho otro libro titulado también *A rienda suelta*

(El Jagüel) que reúne relatos y apuntes hípicas escritos a comienzos de los años veinte por el uruguayo Máximo Sáenz, quien firmó sus escritos con el seudónimo Last Reason. Es una obrita deliciosa, juntamente ingenua, pícara y entusiasta, escrita en un divertido lunfardo que en ocasiones para resultarme totalmente inteligible necesitaría de un vocabulario más extenso que el que a título aclaratorio figura al final del volumen. De vez en cuando Last Reason intercala en su galería de apostantes fracasados y caballos pencos pero simpáticos retazos de filosofía turfística, un poco al modo de lo que yo pretendo hacer en este libro. En uno de ellos, propone la afición *burrera* como poción mágica para sustituir con neta ventaja social a las peligrosas ideologías de Marx o Mussolini. En otro, que copio a continuación, realiza una divertida reflexión ética a partir del hipódromo como metáfora de nuestra vida en común: «La sociedad humana ha establecido un programa limitado para productos de ambos sexos, con recargos, descargos, multas y premios, tal como una carrera del hipódromo: este programa que se llama Moralidad (con mayúscula) se abre para todos los nacidos de madre con pedigrí, y los obliga a correr la existencia dentro del límite de una empalizada, a la que llamaremos prejuicios, y de una verja de hierro, símbolo de las leyes. El animal que siga su línea por la pista antedicha puede contar con la benevolencia de los jueces y la aprobación de los comisarios. En cambio el que encuentre estúpida la monotonía del recorrido y salte los palos o se lleve por delante la reja, es de inmediato descalificado y puesto en el índice de los *dark horses*, como dice nuestro bilingüe colega de las primicias. No hay términos medios en este asunto, y es preciso optar entre el acatamiento al *training* o el libre desenvolvimiento de las prerrogativas de los potros salvajes, que brincan, corren y corcovean a su antojo». En fin, ya ven, que todo es *handicap* para quien no acepta la existencia desensillada...

San Isidro, Buenos Aires, diciembre de 1999